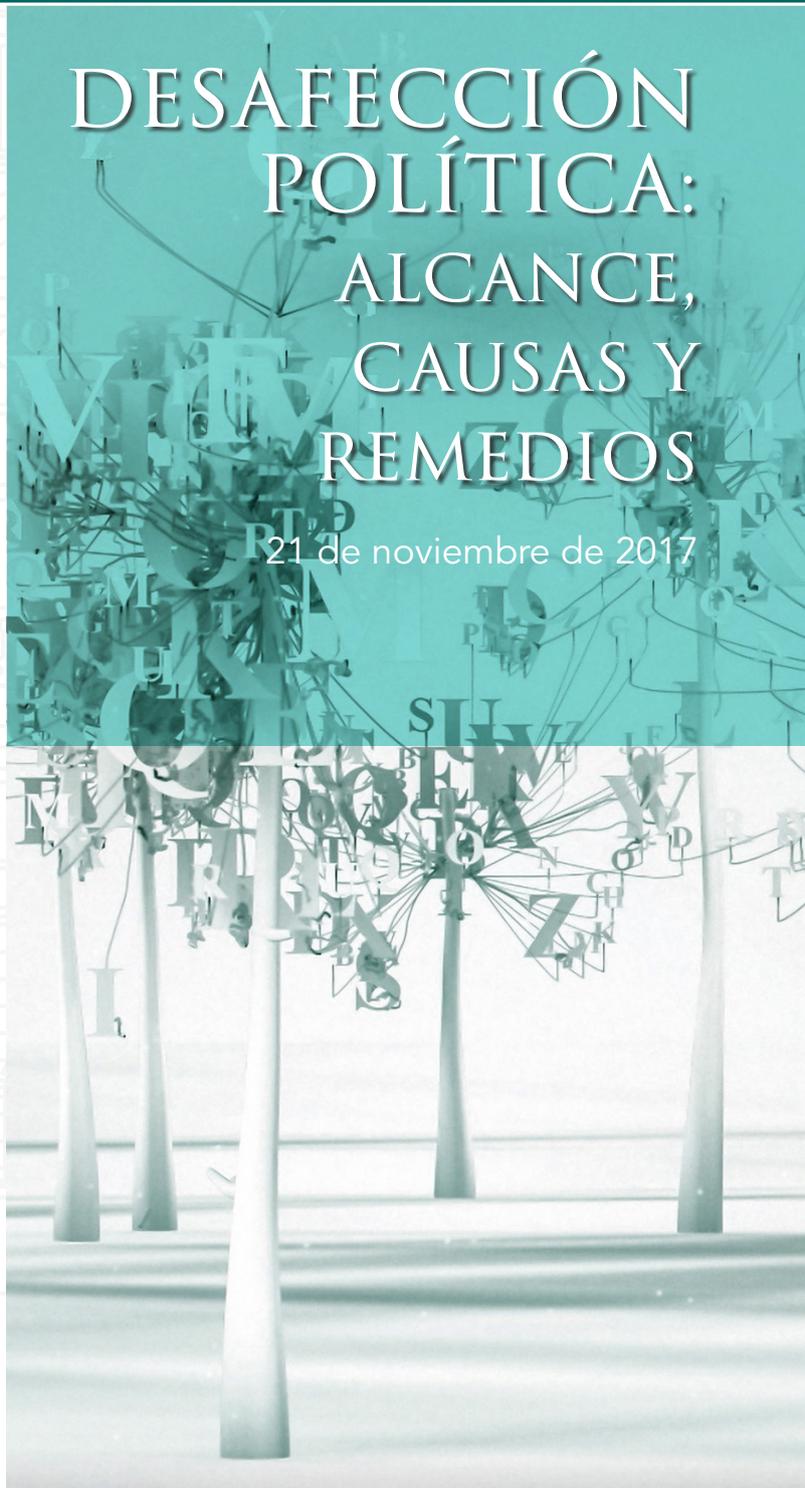




FUNDACIÓN  
RAFAEL  
DEL PINO

# DESAFECCIÓN POLÍTICA: ALCANCE, CAUSAS Y REMEDIOS

21 de noviembre de 2017





Director:

**Víctor Pérez-Díaz**

Analista Socio-Políticos, Gabinete de Estudios

Redactores:

**Víctor Pérez-Díaz**

**Juan Carlos Rodríguez**

Analistas Socio-Políticos, Gabinete de Estudios

Participantes:

**Víctor Pérez-Díaz**

Analista Socio-Políticos, Gabinete de Estudios

**Carlos Carnero**

Fundación Alternativas

**Elisa de la Nuez**

Hay Derecho

**Álvaro Delgado-Gal**

Revista de Libros

**Fernando Jiménez Sánchez**

Universidad de Murcia

**Vicente J. Montes Gan**

Fundación Rafael del Pino

**Félix Ovejero**

Universidad de Barcelona

**Amadeo Petitbó**

Fundación Rafael del Pino

**Pablo Simón**

Universidad Carlos III de Madrid

**Javier Zarzalejos**

Fundación FAES

# Desafección política: alcance, causas y remedios

Víctor Pérez-Díaz y Juan Carlos Rodríguez

## 1. Introducción

Las democracias europeas, y occidentales en general, viven tiempos bastante agitados. Algunos autores hablan, incluso, de “crisis de la democracia”, aunque quizá fuera más correcto decir que el estado natural de las democracias de corte liberal es de crisis existencial, dada su fragilidad, pero también su capacidad de resistencia (Pérez Díaz, 2008)<sup>1</sup>. Por lo pronto, se observan en las últimas décadas algunos fenómenos preocupantes desde el punto de vista de esa fragilidad existencial, porque dificultan el funcionamiento de la democracia y/o porque hacen más difícil conseguir el apoyo ciudadano que requiere como régimen político, incluyendo un grado sustancial de participación cívica. Se trata de fenómenos tales como la desconfianza creciente de la ciudadanía en la clase política en bastantes países, la extendida sensación (también en bastantes países) de que las democracias no funcionan tan bien como debieran o no son capaces de afrontar nuevos problemas de dimensión global, y regional, la tendencia a la caída en la participación en las elecciones generales, la caída en las tasas de pertenencia a partidos políticos, la caída en el voto a partidos tradicionales como los socialdemócratas (pero no solo a ellos), la emergencia de partidos populistas que tienden a cuestionar los fundamentos de las democracias liberales realmente existentes, entre otros. Muchos de esos fenómenos suelen englobarse en la temática del descontento o la desafección política.

En ese contexto y en el marco de su programa de “Espacio Público”, la Fundación Rafael del Pino encargó a Analistas Socio Políticos la convocatoria y la coordinación de una reunión en que pusieran sus ideas en común expertos en esa problemática, por su dedicación académica, investigadora o de participación en la discusión pública española. La reunión se celebró el 21 de noviembre de 2017, en la sede de la Fundación.

Las páginas siguientes recogen las líneas dominantes y las sugerencias obtenidas a partir de dicha conversación, pero no se limitan a lo allí

discutido y lo prolongan con evidencia empírica y algunos comentarios. En especial, la primera parte del texto va bastante más allá de los contenidos de la discusión, y está redactada para intentar mostrar al lector la dimensión de los fenómenos y reflejar con los datos al uso la apreciación extendida en el coloquio acerca de la diversidad de situaciones en Europa con respecto a la desafección política, así como para intentar enmarcar el caso español, que, directa o indirectamente, centró gran parte del debate. En general, se intenta dar cuenta de la complejidad y el carácter dinámico de los fenómenos, mientras que, al mismo tiempo, se trata de ver con alguna distancia el tempo de los mismos y la diversidad de las posibilidades que abren.

El texto sigue un esquema sencillo. En primer lugar, aporta una selección de los principales datos disponibles para mostrar la evolución de la desafección política en Europa Occidental en las últimas tres o cuatro décadas, a la par que presenta los distintos entendimientos de dicho fenómeno revelados en el coloquio. En segundo lugar, se recoge la discusión sobre las posibles causas del fenómeno, que enfatizó tres tipos de causas: la aparición de nuevos problemas sociales, las características de la política actual, y la transformación de las expectativas de la ciudadanía. Por último, se ocupa de los posibles remedios, planteados como reformas institucionales que no descuidan los cambios en la cultura vivida de la ciudadanía.

## 2. Entendimientos y evidencia del fenómeno de la desafección política, o del distanciamiento entre ciudadanía y clase política

El entendimiento habitual de la desafección en los estudios de ciencia política se refiere a un fenómeno relativamente reciente de distanciamiento de la ciudadanía con respecto a la política en las democracias liberales de viejo y nuevo cuño, que suele mostrarse con indicadores elaborados a partir de encuestas de opinión, pero que también puede expresarse, en la práctica,

<sup>1</sup> Sobre la “crisis de la democracia”, entre otras referencias, puede verse el número monográfico dedicado al tema de la revista *Democratic Theory* (número 1, 2014).

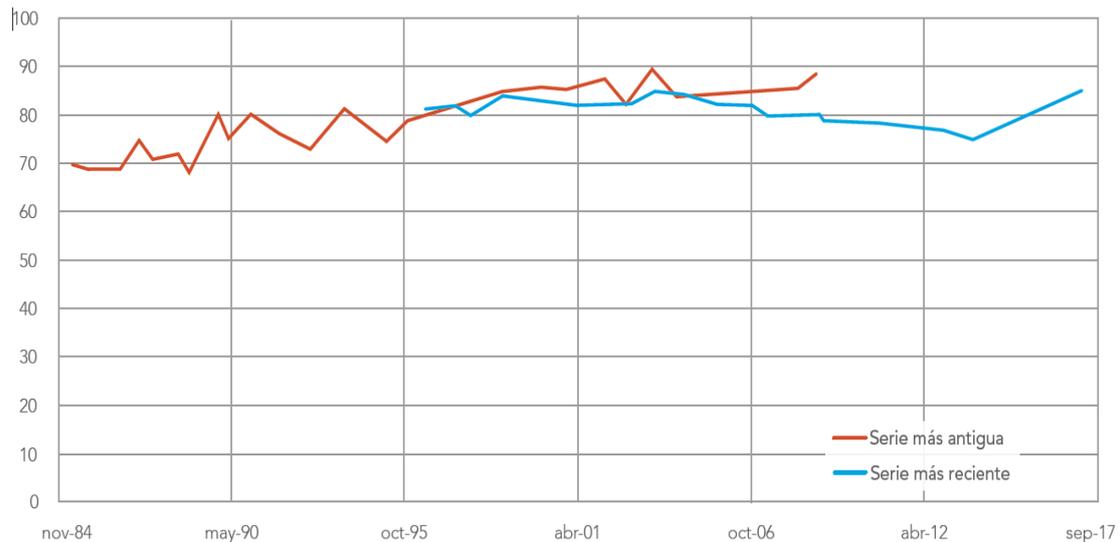
## Apoyo a la democracia

en fenómenos como el aumento de las tasas de abstención electoral. Para ser precisos conviene, siguiendo la propuesta de Montero y Torcal (2006), distinguir tres dimensiones del distanciamiento de la ciudadanía con respecto a la vida política en las democracias. En primer lugar, podríamos hablar de apoyo o de falta de apoyo a la idea de la democracia, es decir, a la extensión de la opinión de que la democracia es el régimen preferible a cualquier otro, a pesar de sus problemas de funcionamiento y de sus resultados. En segundo lugar, hablaríamos del descontento político, es decir, de la medida en que los ciudadanos evalúan negativamente el funcionamiento cotidiano de la democracia, es decir, de instituciones como gobiernos y parlamentos, y especialmente los resultados imputados a ese funcionamiento.

Por último, hablaríamos más propiamente de desafección política para referirnos a una variedad de fenómenos que implican una progresiva alienación o un distanciamiento de la ciudadanía con respecto las instituciones políticas básicas de una democracia, incluyendo los partidos políticos, o de la vida política en general.

Los estudiosos de esta problemática suelen coincidir en que, en los países desarrollados, como los europeos occidentales, el apoyo de la ciudadanía a la democracia como régimen preferible no ha caído, o solo lo ha hecho en proporciones minúsculas<sup>2</sup>. No parece ser eso lo que está en cuestión, aunque no es tan fácil elaborar series comparativas que se remonten varias décadas hacia atrás y que alcancen hasta el momento actual. A título de ejemplo, podemos traer aquí los datos españoles, basados en dos preguntas muy similares utilizadas en encuestas del CIS desde 1985 (gráfico 1). Según la bibliografía al uso, los niveles de apoyo a la democracia tienden a ser muy estables, fluctuando poco según la coyuntura política y, en especial, la económica. En el caso español observamos una suave tendencia al alza hasta mediados de la primera década del siglo XXI, con algún altibajo menor, y una tendencia, también suave, a la baja hasta 2013, en un periodo que coincide en gran medida con la reciente crisis económica. Es decir, se observa bastante estabilidad, pero alguna reacción al ciclo económico, que no tiene por qué darse en países con ciclos económicos (de empleo) tan acusados

**Gráfico 1. España (1985-2017). Nivel de apoyo a la democracia: porcentaje que cree que "la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno"**<sup>\*\*</sup>



<sup>\*</sup> El texto de la opción es el mismo en las dos series de datos, pero cambia el texto de las opciones alternativas. Lo principal es que en la serie más antigua, la segunda opción afirma habla de que "en algunas circunstancias un régimen autoritario, una dictadura, puede ser preferible al sistema democrático", y en la serie más reciente se habla de que "en algunas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático", mientras que la tercera opción, la que recoge la indiferencia entre una u otra forma política es muy parecida. Fuente: elaboración propia con datos del Banco de datos del CIS ([www.analisis.cis.es](http://www.analisis.cis.es)).

<sup>2</sup> De todos modos, conviene recordar alguna discusión reciente en el marco de la revista *Journal of Democracy*, a raíz del artículo de Foa y Mounk (2016) cuestionando ese consenso, y al que respondieron Alexander y Welzel (2017), Norris (2017) y Voeten (2017). Véase la respuesta de los primeros autores en Foa y Mounk (2017).

como el español.

### Descontento político

En términos de descontento político contamos con más indicadores comparados con bastante recorrido histórico. Además de los más vinculados al ciclo económico (y político), tales como los juicios sobre la situación económica y política, podemos centrarnos en el juicio sobre el funcionamiento de la democracia del propio país. Gracias al Eurobarómetro, contamos con series de satisfacción con la democracia que llegan para algunos países hasta comienzos de los años setenta del siglo pasado. Gracias a ellas podemos comprobar que los niveles de satisfacción varían bastante de un país a otro y que sus fluctuaciones tienen sentido según los avatares de la coyuntura económica (cuadro 1).

en otros momentos, pues parece depender de las circunstancias económicas de cada país y de circunstancias políticas propias. Por ejemplo, en el periodo 2004-09, grosso modo anterior a la crisis económica, España se situaba en el 7º puesto, bajando al 14º en 2015-17, y las posiciones respectivas de Alemania eran la 12ª y la 7ª. Sin embargo, si tenemos en cuenta el periodo en que todos los países cuentan con datos (desde 1999), en los primeros lugares tienden a aparecer países nórdicos y centrales, y en los últimos, países del sur de Europa, con niveles de satisfacción inferiores a 50 (Italia, Grecia y Portugal) o justo en ese nivel (España).

De todos modos, la tendencia que puede identificarse, grosso modo, para cada país solo parece especialmente problemática para los países del sur de Europa. En dos de ellos (España

**Cuadro 1. UE15 (1973-2017). Grado de satisfacción con la democracia del propio país (\*)**

	1973-74	1975-79	1980-84	1985-89	1990-94	1995-99	2000-04	2004-09	2010-14	2015-17	Tendencia
Finlandia					50,2	58,8	62,5	65,9	65,5	66,3	Mejor
Suecia						57,9	62,7	65,5	72,3	69,7	Mejor
Dinamarca	45,2	60,0	62,8	63,8	67,7	68,6	75,4	81,9	78,7	79,3	Mejor
Alemania	45,7	68,1	64,3	65,6	54,6	58,4	54,4	53,8	61,9	60,3	Mejor
Austria						63,4	60,4	67,2	62,3	59,2	Estable / peor
P. Bajos	53,3	59,2	53,1	58,5	60,9	66,6	61,1	64,8	65,3	67,1	Mejor
Luxemburgo	56,2	64,1	61,4	67,3	67,9	68,4	68,8	69,6	71,7	72,0	Mejor
Bélgica	59,0	53,3	46,7	51,6	52,0	51,6	57,4	58,6	56,7	59,5	Estable
Francia	45,1	46,7	46,2	49,2	46,2	53,5	54,7	51,3	51,1	47,6	Estable
R. Unido	44,1	52,7	57,7	52,0	50,5	60,4	57,9	56,8	55,6	58,5	Mejor
Irlanda	51,3	58,2	48,9	50,2	58,4	65,5	65,8	66,5	51,4	62,1	Mejor
Italia	31,6	25,5	28,1	33,8	26,6	35,3	40,2	46,9	35,3	38,5	Mejor
Grecia			57,6	53,2	38,8	53,9	52,7	54,4	23,8	28,6	Peor
España				54,7	48,0	64,2	62,7	64,9	36,3	38,3	Peor
Portugal				53,2	57,0	55,8	42,5	41,5	30,9	46,0	Peor
Media	47,9	54,2	52,7	54,4	52,2	58,8	58,6	60,6	54,6	56,9	Mejor

\* Las cifras recogidas en el cuadro se corresponden con un índice construido del siguiente modo. Se puntúan las respuestas así: "muy satisfecho", 100; "bastante satisfecho", 75; "no muy satisfecho", 25; "nada satisfecho", 0. Se suman las puntuaciones para cada país y se dividen por el número de entrevistados que contestan a la pregunta. El índice, por tanto, va del 0 (nada satisfecho) al 100 (muy satisfecho). Las cifras son las medias de los lustros en que hemos agrupado los datos.

Fuente: elaboración propia con datos de Eurobarometer interactive.

Los datos más recientes (del último trienio) apuntan a que el índice de satisfacción que hemos construido supera el nivel 50 (es decir, es positivo) en 10 países, y negativa en 5. Es claramente más elevada en los países nórdicos y en algunos de la Europa central (Dinamarca, Luxemburgo, Suecia, Países Bajos, Finlandia). Y es baja, sobre todo, en países del sur de Europa (Grecia, España, Portugal y Grecia) a los que se añade Francia. Sin embargo, esta clasificación no se mantiene

y Grecia) la satisfacción cae acusadamente a raíz de la reciente crisis, mientras que en Portugal lo hace antes. Y en Italia la tendencia es al alza, pero muy suave, y no sirve para alcanzar niveles de satisfacción próximos a 50. También cabría mencionar el caso francés, con cifras bastante estables, pero que tienden a ser inferiores a 50.

## Indicadores de desafección política

Algo más fragmentariamente, también pueden reconstruirse varios indicadores de desafección política para las últimas tres o cuatro décadas.

En primer lugar, gracias al Estudio Europeo de Valores y a la Encuesta Social Europea podemos hacernos una idea, siquiera gruesa, de la evolución de la confianza en una institución central de nuestras democracias, el parlamento, en los últimos treinta y cinco años<sup>3</sup>. Las cifras más recientes, del último lustro, apuntan a que dicha confianza tiende a ser relativamente baja, con máximos que apenas superan el nivel 6 en la escala del 0 al 10 en algún país, y con bastantes países con medias inferiores a 5. En estos últimos destacan los del sur de Europa y Francia (cuadro 2).

De todos modos, aunque las medias no sean estrictamente comparables (pues proceden de preguntas con categorías distintas), da la impresión de que la situación no ha empeorado o ha mejorado en bastantes países en las últimas casi cuatro décadas. Serían los casos de Finlandia, Suecia, Dinamarca, Alemania, Austria, Países

Bajos, Bélgica y el Reino Unido. Los casos más problemáticos, con una evolución negativa o estable en niveles bajos serían los de Francia, Irlanda, Italia, Grecia, España y Portugal. En el sur de Europa la crisis parece haber provocado que niveles bajos o relativamente bajos de confianza hayan caído aún más, hasta niveles mínimos en la serie.

En segundo lugar, otro indicador habitual de desafección política es el desinterés por la política, que suele medirse en encuestas con una pregunta muy directa que utiliza cuatro grados de interés (mucho, bastante, poco o nada). Equiparando a los “desinteresados” de la política a los que contestan “poco” o “nada”, podemos observar cómo ha evolucionado su porcentaje en los países de la UE15 en el último cuarto de siglo (cuadro 3). Los datos más recientes, de nuevo, sugieren bastante diversidad. Países con niveles altos de desinterés serían Grecia, España, Portugal, quizá Italia (pero no hay datos recientes), así como Bélgica y Francia. Niveles bajos se darían en Suecia, Dinamarca y Alemania. Sin embargo, como se observa en el gráfico, las cifras pueden variar sustantivamente de una encuesta a otra, por lo que las clasificaciones pueden cambiar bastante. De todos modos, si tenemos en cuenta

**Cuadro 2. UE15 (1981-2016). Confianza en el parlamento nacional (media en la escala del 0 al 10)\***

	Estudio Europeo de Valores					Encuesta Social Europea					
	1981-84	1990-93	1999-2001	2008-10	Media 1981-2008	2002-03	2006-07	2010-11	2014-15	2016-17	Media 2002-2016
Finlandia		3,9	4,6	4,5	4,3	5,8	6,0	5,4	5,5	5,8	5,8
Suecia	4,8	4,8	5,0	5,5	5,0	6,0	5,7	6,3	6,2	6,0	5,9
Dinamarca	4,1	4,5	4,9	6,2	4,9	6,1	6,3	5,8	5,7		6,0
Alemania	5,3	4,9	4,0	4,0	4,5	4,4	4,2	4,3	5,0	5,4	4,6
Austria		4,4	4,5	3,6	4,2	5,1	4,9		4,8	5,0	4,9
Luxemburgo			5,7	6,1	5,9	5,7					5,7
P. Bajos	4,7	5,1	5,3	4,8	5,0	5,3	5,4	5,4	5,3	5,6	5,3
Bélgica	4,1	4,4	3,8	4,3	4,2	4,9	5,0	4,4	4,8	4,8	4,8
Francia	5,2	4,6	4,0	4,9	4,7	4,4	4,3	4,1	4,0	4,1	4,2
R. Unido	4,5	4,8	4,0	3,1	4,1	4,7	4,2	4,1	4,4	4,7	4,4
Irlanda	5,3	5,1	3,8	4,8	4,7	4,4	4,8	3,7	3,8	4,5	4,2
Italia	3,5	3,7	3,9	3,9	3,7	4,8					4,1
Grecia			3,1	3,5	3,3	4,8		2,1			3,8
España	5,0	4,4	4,8	4,8	4,7	4,8	5,0	4,3	3,7		4,5
Portugal		3,8	4,8	4,1	4,2	4,4	3,8	3,0	3,2		3,4
Media	4,6	4,5	4,4	4,5	4,5	5,0	5,0	4,4	4,7	5,1	4,8

\* Para el periodo 2010-2016 se trata de la media en la escala que se utiliza en la pregunta. Para el periodo anterior, se trata de una reconstrucción basada en una respuesta con opciones de “mucho, bastante, no mucho, nada”, puntuando cada una de las respuestas del 0 al 10 (10, 7,5, 2,5, 0) y calculando la media.

Fuente: elaboración propia con datos del Estudio Europeo de Valores (1981-2008) y la Encuesta Social Europea (2010-2016).

3 Unos apuntes similares a los siguientes podrían elaborarse para la confianza en los partidos políticos, pero no contamos con series de datos que se remonten tanto en el tiempo.

## Desafección política: alcance, causas y remedios

las cifras desde 2002 hasta 2016 (incluyendo todas las encuestas intermedias), la jerarquía entre países no cambia tanto, con niveles altos o medio-altos de desinterés en España, Portugal, Grecia, Italia, Francia y Bélgica, y niveles bajos en los Países Bajos, Dinamarca y Suecia.

En cualquier caso, la evolución media parece positiva, como resultado de que las cifras tienden a mejorar (en este caso, a caer) o mantenerse estables desde 1990 en casi todos los países, salvo, probablemente, Grecia. La mejora de España está seguramente ligada a la crisis económica y la agitación del debate público asociada al movimiento 15M, a la crisis de los partidos tradicionales (PSOE y PP) y la emergencia de nuevos partidos (Podemos, Ciudadanos), así como a otros factores que pueden haber intensificado la discusión política en el país.

En tercer lugar, también suelen usarse como indicador de desafección política los niveles bajos de lo que en la bibliografía sobre estos temas se denomina “autoeficacia política”, es decir, la sensación de ser capaz de entender los asuntos políticos o públicos en un grado suficiente o de tener alguna influencia en dichos asuntos. Cuanto menor la autoeficacia política, mayor sería la desafección.

Un indicador de aquella sería el porcentaje en desacuerdo con una frase como “cree que tiene una idea bastante clara de los temas políticos importantes que afectan a su país”. En este caso es complicado obtener series muy prolongadas en el tiempo, pero pueden reconstruirse para bastantes países de la UE15 para las dos últimas décadas (cuadro 4).

De nuevo se observan diferencias de un país

**Cuadro 3. UE15 (1990-2016). Desinterés por la política (porcentaje que afirma estar poco/no mucho o nada interesado por la política)**

	1990-93	1999-2001	2002-03	2006-07	2010-11	2014-15	2016-17	Tendencia
Finlandia	51,7	71,8	53,2	53,2	53,8	44,9	39,9	Mejor
Suecia	53,2		41,0	37,8	39,1	33,6	33,4	Mejor
Dinamarca	45,7	39,2	38,3	35,5	33,6	35,6		Mejor
Alemania	27,5	39,3	40,4	49,4	43,5	36,3	31,7	Mejor
Austria	45,8	32,8	40,3	47,2		48,3	45,6	Estable
Luxemburgo		51,3	55,3					
P. Bajos	37,1	33,5	33,0	36,0	34,0	36,7	37,2	Estable
Bélgica	69,2	60,2	58,4	56,3	56,5	54,4	53,1	Mejor
Francia	61,9	63,3	61,9	57,2	59,1	54,8	55,1	Mejor
R. Unido	51,0	61,8	47,9	47,6	48,7	43,3	37,9	Mejor
Irlanda	62,6	56,8	54,0	55,0	58,5	59,2	54,0	Mejor
Italia	68,5	67,0	66,9					
Grecia		57,5	68,3		69,9			Peor?
España	73,6	72,8	78,8	73,1	70,9	57,7		Mejor
Portugal	69,1	70,3	64,6	71,2	71,2	58,8		Mejor
Media	55,1	55,5	53,5	51,6	53,2	47,0	43,1	Mejor

Fuente: elaboración propia con datos del Estudio Europeo de Valores (segunda y tercera olas) y de la Encuesta Social Europea (primera, tercera, quinta, séptima y octava olas).

Quizá se deba a razones parecidas, ligadas a la crisis o a factores de cambio del sistema político (emergencia de partidos populistas, Brexit), la mejora en otros países, como Portugal, Finlandia o el Reino Unido, pero factores similares no siempre producen cambios equivalentes en el interés por la política, como muestra el caso de Francia.

a otro, aunque no son muy notables. Los niveles más altos se dan en Austria, Francia y España (alrededor del 20%), pero no están tan alejados de los niveles más bajos, observados en los Países bajos, Suecia o Dinamarca (entre 7 y 12%). Quizá lo más interesante del cuadro 4 es que los niveles bajos de autoeficacia política tienden a ser estables o a caer en la mayoría de los países con datos, bien desde 1996, bien desde 2014, con

excepciones como la francesa o la belga. El caso español muestra una caída apreciable entre 2006 y 2014, paralela a la que hemos observado más arriba con respecto al desinterés por la política.

Otro indicador de baja autoeficacia política sería el acuerdo con una frase como: “la gente como usted no tiene ninguna capacidad de influencia en lo que hace el Gobierno”. Fragmentariamente podemos atisbar cómo ha evolucionado esa opinión en bastantes países de la UE15 en las dos décadas pasadas (cuadro 5). En esta ocasión las diferencias entre unos y otros países pueden llegar a ser muy notables, aun excluyendo los datos “extremos” de Francia, con porcentajes bajísimos de acuerdo. Así, la sensación de no tener influencia es, con los datos más recientes, máxima en países como España o Bélgica, pero es bastante elevada en Austria y en dos países nórdicos. Es baja no solo en Francia, sino en Suecia o Alemania.

## Los indicadores en conjunto

Vistos los indicadores de descontento y desafección en su conjunto no sugieren un empeoramiento general de la situación en los últimos veinte o treinta años<sup>4</sup>, pero ello oculta situaciones un tanto diversas. Si destaca una de ellas es, grosso modo, la de los países del sur de Europa, con niveles bajos de satisfacción con la democracia (peores que antes de la crisis), niveles bajos de confianza política (que han podido caer aún más en la última década), niveles relativamente altos de desinterés político (pero con mejoras en la última década), y niveles bajos de autoeficacia política (que pueden haber mejorado o no empeorado recientemente). En varias de esas caracterizaciones se ven acompañados por Francia, y en algunas, menos, por Bélgica. Por su parte, presentarían indicadores más positivos los países nórdicos de la Unión Europea.

**Cuadro 4. Países de la UE15 (1996-2014). Nivel bajo de autoeficacia política (porcentaje en desacuerdo o muy en desacuerdo con la frase: “cree que tiene una idea bastante clara de los temas políticos importantes que afectan a su país”)**

	1996	2004	2006	2014	Tendencia
Finlandia		19,9	20,8	17,0	Estable
Suecia	19,3	12,8	17,5	11,0	Mejor
Dinamarca		11,6	8,4	11,6	Estable
Alemania (Occidental)	29,4	21,3	29,0	16,5	Mejor
Austria		20,3		20,8	Estable
P. Bajos		9,3	17,5	7,4	Estable
Bélgica (Flandes)		5,7		15,2	Peor
Francia	14,8	22,8	16,3	20,6	Peor
R. Unido (Gran Bretaña)	25,8	19,2	15,2	15,4	Mejor
Irlanda	22,3	14,6	26,2		¿?
Italia	28,0				--
España	38,1	20,8	38,4	20,7	Mejor
Portugal		26,7	40,4		--
Media	25,4	17,1	23,0	15,6	Mejor

Fuente: elaboración propia con datos de ISSP, estudios sobre Papel del Gobierno (1996, 2006) y Ciudadanía (2004, 2014).

En general, los niveles de autoeficacia política así medidos tienden a mejorar o a no empeorar.

Los participantes en el debate se mostraron conscientes de esta diversidad, recordando en varias ocasiones que los fenómenos en consideración caracterizaban con mucha más claridad a unos países que otros, resaltándose en el coloquio el contraste entre el norte y el sur de Europa. En cualquier caso, tendieron a centrar, implícita o explícitamente, su atención en el caso español.

<sup>4</sup> Lo que se compadecería con los puntos de vista de autores como Norris (2011) o Merkel (2014), pero no encajaría bien con la evidencia basada en cohortes de edad provista por Foa y Mounk (2016).

Cuadro 5. Países de la UE15 (1996-2014). Nivel bajo de autoeficacia política (porcentaje muy o bastante de acuerdo con la frase: “la gente como usted no tiene ninguna capacidad de influencia en lo que hace el Gobierno”)

	1996	2004	2006	2014	Tendencia
Finlandia		52,4	58,5	48,7	Estable
Suecia	63,8	47,9	49,0	29,8	Mejor
Dinamarca		43,2	47,2	46,9	Estable
Alemania (Occidental)	62,5	55,0	66,5	33,8	Mejor
Austria		61,1		54,1	Mejor
P. Bajos		40,9	53,7	41,8	Estable
Bélgica (Flandes)		61,3		60,6	Estable
Francia	19,4	7,9	20,5	6,1	Mejor
R. Unido (Gran Bretaña)	66,1	51,6	54,9	45,2	Mejor
Irlanda	67,8	64,0	59,5		Mejor?
España	67,6	55,1	61,1	62,5	Estable
Portugal		65,0	55,7		
Media aritmética (no ponderada)	57,9	50,5	52,7	42,9	Mejor

Fuente: elaboración propia con datos de ISSP, estudios sobre Papel del Gobierno (1996, 2006) y Ciudadanía (2004, 2014).

### Desafección en el caso español

El caso español, visto desde el punto de vista de la evolución de indicadores como los anteriores resulta bastante interesante, pues apunta a la complejidad del fenómeno de la desafección, cuyos distintos elementos no tienen por qué comportarse a la par.

En el gráfico 2 se recoge la evolución desde finales de los setenta o principios de los ochenta del siglo pasado de cuatro indicadores de desafección política, en parte similares a los que hemos descrito más arriba.

En primer lugar, se muestra el nivel de desinterés por la política (porcentaje de poco o nada interesados), que se mantiene estable en niveles bastante altos (entre el 75 y el 80%) hasta el año 2002, pero que desciende sustancialmente desde entonces, hasta niveles que siguen siendo elevados en comparación con otros países europeos, pero son los más bajos de la serie, situándose cerca del 60%. Es decir, en los últimos tres lustros el nivel de interés por la política en España ha aumentado claramente.

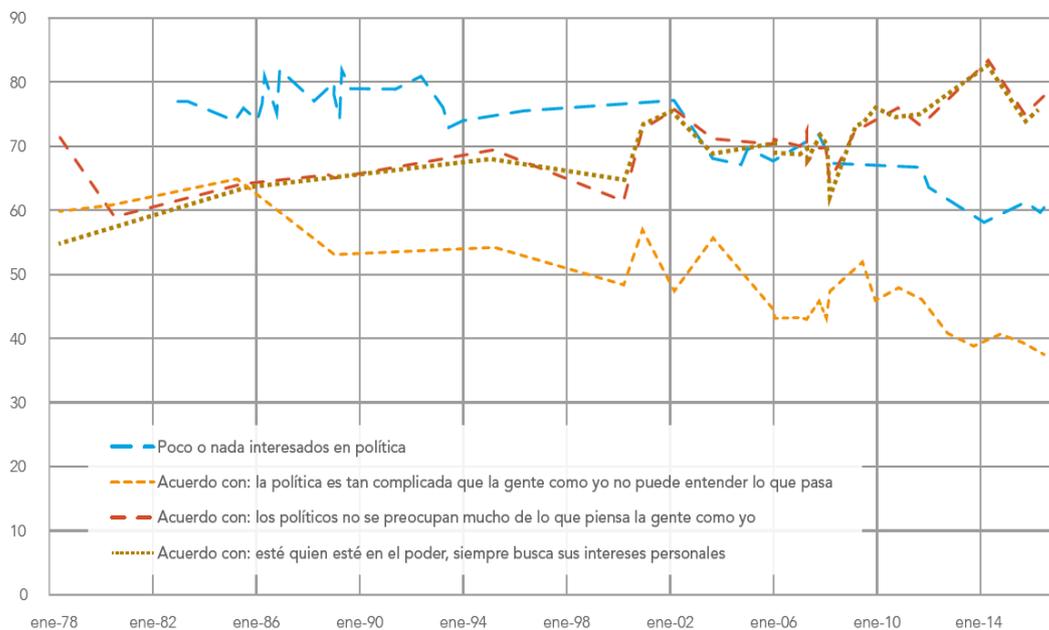
En segundo lugar, se muestra un indicador de autoeficacia política baja similar a uno de los utilizados más arriba, el porcentaje de acuerdo con la frase “la política es tan complicada que la gente como yo no puede entender lo que

pasa”. Al respecto se observa una evolución positiva, paulatina, pero bastante continua, desde mediados de los ochenta, de modo que las cifras actuales (inferiores al 40%) son las mejores de la serie.

En tercer lugar, el gráfico recoge dos indicadores, de comportamiento muy similar, que reflejan la desafección como la sensación de que la clase política no se ocupa del bienestar de los ciudadanos. Por una parte, se trata del porcentaje de acuerdo con la frase “los políticos no se preocupan mucho de lo que piensa la gente como yo”. Por otra, del acuerdo con la frase “esté quien esté en el poder, siempre busca sus intereses personales”. En ambos la evolución es claramente negativa desde finales de los setenta, alcanzándose en la actualidad niveles de acuerdo muy altos, cercanos al 80%, con altibajos mínimos quizá ligados al ciclo económico, y acentuados, al alza, en la última década, probablemente como consecuencia de la crisis económica.

Los datos del gráfico 2 sugieren, en definitiva, que los distintos componentes usualmente asociados a la desafección política pueden tener lógicas distintas. En el caso español convive una mejora del interés por la política y de la autoeficacia política con una intensificación de la distancia hacia una clase política a la que la gran mayoría percibe como desconectada de las circunstancias de la ciudadanía del común.

Gráfico 2. España (1978-2016). Diversos indicadores de desafección política (porcentajes)



Fuente: elaboración propia con datos del CIS, casi todos de [www.analisis.cis.es](http://www.analisis.cis.es), pero también de otras fuentes secundarias.

### Otras interpretaciones

Aunque no se discutieron explícitamente datos como los anteriores en el coloquio, el mensaje de complejidad que transmiten encaja con varias de las intervenciones, que dudaron de hablar de crisis de la democracia en España, procurando ofrecer un retrato con bastantes matices. Una ilustración de ello sería lo que algún participante veía como un claramente mayoritario sentimiento patriótico constitucional de los españoles, revelado por la actual crisis catalana, que encontraría su equivalente en la reacción civil, no partidista, al desafío independentista en la propia Cataluña, al decir de otro. A lo cual se añadiría, según un tercero, el que, a pesar de la profundidad y la duración de la crisis económica, y del distanciamiento entre ciudadanía y clase política, hubieran aguantado ciertas instituciones y arreglos básicos, como el sistema de bienestar, las redes de solidaridad, o, incluso, el propio sistema de partidos.

En el debate se partía, probablemente, de una versión de la desafección en España cercana a la que reflejan las series de datos que reflejan la distancia de la clase política con respecto al común de los ciudadanos. Pero también se consideraron otras interpretaciones. Una, explícita, puso el énfasis en la, aparente al menos, crisis de los partidos políticos tradicionales en varios países europeos, es decir, en sus malos resultados electorales en tiempos recientes, y que ha podido dar al traste en algunos países con el sistema de partidos tal como se conocía, como en Francia o Italia. Una crisis de los partidos que afectaría, en particular, a los partidos socialdemócratas. Sin embargo, también en este punto, se apuntaron matices, como el que tampoco se trate de un fenómeno universal, con excepciones reseñables en Europa Occidental tales como la de Portugal y el Reino Unido, con la recuperación reciente de las perspectivas electorales del laborismo. Asimismo, se recordó que la decadencia de bastantes partidos socialdemócratas no significaba necesariamente que las perspectivas defendidas en sus programas hubieran desaparecido de los puntos de vista de los segmentos correspondientes de la ciudadanía.

**Cuadro 6. Partidos populistas (o similares) en la UE15: resultado más reciente y mejor resultado en elecciones parlamentarias en las dos últimas décadas (porcentajes de voto)**

		Orientación	Resultado más reciente		Mejor resultado	
			%	Año	%	Año
Finlandia	PS (Perussuomalaiset, Partido de los Finlandeses)	D	17,6	2015	19,9	2011
Suecia	SD (Sverigedemokraterna, Demócratas de Suecia)	D	12,9	2014	12,9	2014
Dinamarca	DF (Dansk Folkeparti, Partido Popular Danés)	D	21,1	2015	21,1	2015
Alemania	AfD (Alternative für Deutschland, Alternativa para Alemania)	D	12,6	2017	12,6	2017
	Die Linke (La Izquierda)	I	8,6	2017	11,9	2009
Austria	FPÖ (Freiheitliche Partei Österreichs, Partido de la Libertad de Austria)	D	26	2017	26,9	1999
P. Bajos	PVV (Partij voor de Vrijheid, Partido por la Libertad)	D	13	2017	15,5	2010
	SP (Socialistische Partij, Partido Socialista)	I	9,1	2017	16,6	2006
Bélgica	VB (Vlaams Belang, Interés Flamenco)	D	3,7	2014	12	2007
Francia	FN (Front National, Frente Nacional)	D	13,2	2017	14,9	1997
	[Presidenciales]		21,3	2017	21,3	2017
R. Unido	UKIP (United Kingdom Independence Party, Partido de la Independencia del Reino Unido)	D	1,8	2017	12,6	2016
Irlanda	Sinn Féinn (Nosotros mismos)	I	13,8	2016	13,8	2016
	MSS (Movimiento 5 Stelle, Movimiento 5 Estrellas)	¿I?	25,5	2013	25,5	2013
Italia	Forza Italia / Popolo della Libertá*	D	21,6	2013	37,4	2008
	Lega Norte (Liga Norte)	D	4,1	2013	10,1	1996
Grecia	Syriza (Coalición de la Izquierda Radical)	I	35,5	2015	36,3	2015
	Amanecer Dorado	D	7	2015	7	2015
España	Unidos Podemos (y coaligados)	I	21,1	2016	21,1	2016
Portugal	BE (Bloco de Esquerdas, Bloque de Izquierdas, antiguo PCP)	I	10,2	2015	10,2	2015

\* El partido que suele clasificarse como populista es Forza Italia, integrado en la actualidad, tras la fusión con Alianza Nazionale, en el PdL. Fuente: elaboración propia con datos de la European Election Database y Wikipedia.

La crisis de los partidos tradicionales puede estar, o no, asociada a la emergencia de nuevas formaciones, algunas en el centro del espectro político (los casos de Macron en Francia, o Ciudadanos en España), o, de manera más generalizada, de corte populista, a lo que habría que añadir, en décadas anteriores, la de las formaciones ecologistas. De hecho, si centramos la atención en los países de la UE15, puede afirmarse que en casi todos ellos ha tenido cierto éxito electoral una formación que se puede caracterizar como populista, tal como puede observarse en el cuadro 6. En un caso han llegado a superar un tercio de los votos en las elecciones parlamentarias (Grecia), en otro, el 25% (Austria) y en varios más, el 20% (Dinamarca, Francia [presidenciales], Italia y España), pero se trata de un fenómeno bastante general que, como mínimo, ha alcanzado niveles próximos a la décima parte del voto en esas elecciones. De hecho, en algunos países, partidos populistas han alcanzado el gobierno, solos o en coalición con otros partidos (Syriza en Grecia, el FPÖ en Austria).

En el debate se planteó que la emergencia de fuerzas, digamos, centristas en varios países europeos apuntaba a la necesidad de que los partidos tradicionales, o esas nuevas fuerzas, gestionasen las circunstancias posteriores a la crisis económica con moderación y apostando por un reconocimiento de la complejidad de los

problemas y de las soluciones. En esa misma línea, el éxito, considerable en algunos países, más limitado en otros, de los partidos populistas no debe ocultar el hecho de que las voces procedentes de la sociedad, cuando se miden, por ejemplo, en encuestas, sugieren la existencia de consensos básicos, caracterizados, precisamente, por la moderación y la complejidad que, en el fondo, podrían resumir los acuerdos básicos entre las fuerzas políticas desde la segunda guerra mundial.

En realidad, tal como se planteó en el debate, transformaciones como las antedichas pueden ser una muestra más de la adaptabilidad de los sistemas democráticos a circunstancias cambiantes.

Otra perspectiva enfatizó la tendencia a la caída en la participación en las elecciones generales, un fenómeno que se observa desde hace lustros (Grasso, 2016). Al respecto, se plantearon dos interpretaciones. Por un lado, se vio como un indicio de distanciamiento de la ciudadanía con respecto al sistema político, algo negativo. Por otro, se recordó que, en cierta medida, el funcionamiento de las democracias representativas que no pocos de sus defensores esperaban implicaba una ciudadanía no excesivamente comprometida con la actividad política, sino, más bien, una que delegaba dicha

actividad a sus representantes, en principio más preparados y dispuestos a dicha tarea. En el debate se recordó el caso español, de gran efervescencia participativa justo al comienzo de la transición democrática que duró poco, lo cual no impidió la consolidación de la democracia española y que esta no haya sido equiparable al resto de las democracias liberales europeas.

De hecho, cabe entender la extendida sensación de desasosiego que despierta el crecimiento de los partidos populistas como parte de las dudas que muchos o bastantes albergan acerca de una ciudadanía, o parte de ella, demasiado apasionada por la política, acerca de una ciudadanía en la que son más obvios o exagerados los comportamientos más “irracionales” de los votantes (que resaltan muchos estudios de opinión pública). La miopía, la irracionalidad de los votantes, en este entendimiento, habría llevado a diseñar los regímenes democráticos partiendo de una notable prevención frente a los fenómenos ligados a una participación demasiado entusiasta o esa miopía de los votantes, dotándose, por ejemplo, de instituciones contramayoritarias, tales como los bancos centrales. En el debate se recordó el caso del entusiasmo de la movilización de los votantes independentistas catalanes en tiempos recientes, aparentemente dispuestos a dar pasos claramente contrarios a la legalidad vigente y a embarcar a las instituciones catalanas y al conjunto de Cataluña, y de España, en un rumbo lleno de riesgos e incertidumbre máximos. A lo que se añadiría la mayor facilidad de manipulación o, simplemente, de dirigir a las masas que tienen determinados partidos políticos si en aquellas priman sentimientos exacerbados, como los de tipo identitario y excluyente.

Otro punto de vista tenía más recorrido histórico, resaltando que el distanciamiento de la ciudadanía respecto de la vida política o, en términos más generales, la extensión de dudas acerca del funcionamiento efectivo de las democracias era un fenómeno recurrente en la historia de los regímenes liberales y democráticos. Así, habría que atender a lo ocurrido en momentos como el final del siglo XIX o la crisis de las democracias en los años treinta del siglo XX para entender mejor el fenómeno en la actualidad. Con respecto al segundo caso, se recordó que dicha crisis tuvo un componente central de crisis de eficacia, es decir, de dificultad de las democracias del momento para afrontar problemas graves, tales como la crisis económica de los años treinta, y cómo fuerzas a ambos lados

de los consensos políticos del momento, bastante organizadas, fueron capaces de aprovechar esa incapacidad. Este recordatorio apunta a una cuestión más general, la de los límites de la capacidad estratégica de los Estados, en general, y de las democracias, en particular, que se hace más evidente en tiempos de creciente y/o elevada incertidumbre. Y a la necesidad de plantearnos si esa condición, la de la vida económica, social, etc. con dosis apreciables de incertidumbre no es el estado normal de nuestra época y si ciudadanía y clase política no han de aceptarlo como un dato de la realidad.

Por último, algún participante recordó que era difícil hablar de sociedades despolitizadas en la Europa actual, pues la ciudadanía todavía espera muchas cosas de los Estados.

### 3. Causas

Con respecto a las causas de la desafección política, la discusión siguió tres ejes principales, que enfatizan, primero, la aparición de nuevos problemas, segundo, ciertas características de la política actual, y, por último, determinados cambios económicos y sociales que acaban redundando en una transformación de las expectativas y las demandas de la ciudadanía.

#### Nuevos problemas y cuestionamiento de la capacidad de los Estados

En primer lugar, se mencionó la aparición o el crecimiento de nuevos problemas o retos más difíciles de afrontar desde los Estados, o desde organizaciones supranacionales como la Unión Europea. Ello habría redundado en una percepción crítica de las capacidades de ambos tipos de organizaciones, en un mayor distanciamiento con respecto a las clases políticas, y en una mayor tentación de explorar soluciones más allá de la política tradicional.

Entre esos retos se recordaron algunos con mayor recorrido temporal o mayor alcance geográfico, y otros más cercanos, en el tiempo o en el espacio. Entre los primeros se enfatizaron la globalización, los cambios tecnológicos (automatización y digitalización de la producción), la intensificación de los movimientos migratorios, o el aumento de la desigualdad económica en bastantes países. Entre los segundos, el factor fundamental al que más se atendió en el coloquio fue la última crisis económica, aunque también se mencionó un problema más reciente, que

quizá pueda tener recorrido futuro, el de los ciberataques, a redes de infraestructuras básicas, a grandes organismos públicos o privados, o, simplemente, como parte de una guerra de propaganda (desinformación, agitación) que se libraría a través de las nuevas redes sociales (Twitter, Facebook...). Estos últimos, si tienen éxito, pueden producir una mayor confusión en el público o que una parte de él crea todavía menos no solo a las clases políticas correspondientes, sino a los medios de comunicación tradicionales, contribuyendo ambos fenómenos, en todo caso, a un debate público de menor calidad.

Obviamente, y dadas las expectativas puestas en el Estado en los casi tres cuartos de siglo anteriores, contribuirá a un mayor descrédito de la clase política el que la crisis económica sea muy profunda y que el país en cuestión tarde mucho en recuperar el crecimiento. Y viceversa, se reforzará la confianza en los políticos donde ocurra todo lo contrario. También puede contribuir a aquel descrédito el que el público, o una buena parte de él, perciba que los costes de la crisis no se reparten equitativamente, a corto o a largo plazo. En este último caso, algunos pueden pensar que las "soluciones" ensayadas pueden menoscabar las capacidades de ciertos sectores sociales para lidiar con el futuro, mejorando o conservando las de otros. A ello puede añadirse el que la crisis resulte en aumentos de la desigualdad económica que para bastantes ciudadanos sean poco tolerables.

Al igual que ocurre con las crisis económicas, entre lo más relevante a nuestros efectos de fenómenos de largo recorrido como la globalización o el cambio técnico está que, por un tiempo, que puede ser bastante, sus efectos sean distintos para unos u otros segmentos sociales, beneficiosos para unos y perjudiciales para otros, con posibles consecuencias a largo plazo. Quizá esto solo ocurra en una fase de transición, o en la fase de cambio más acelerado, pero el futuro no se puede conocer, mientras que es más fácilmente perceptible el sufrimiento o las ganancias cotidianas. En cualquier caso, las dificultades, que pueden ser graves, de los "perdedores" de esos fenómenos, tienden a convertirse en un nuevo problema social al que, dados los consensos normativos, han de atender los Estados. Como no se trata de problemas fáciles de delimitar y, desde luego, fáciles de resolver, pueden contribuir a las (¿crecientes?) dudas acerca de la capacidad estratégica de los Estados contemporáneos, y a una menor confianza en las clases políticas que los gestionan.

Crisis económicas duraderas y procesos como la globalización o la digitalización, además de tener "ganadores" y "perdedores", pueden contribuir a una ulterior fragmentación de la sociedad, tal como se señaló en el coloquio. Por ejemplo, entre unas minorías más o menos amplias acostumbradas a los cambios y a la incertidumbre; otras minorías, también más o menos amplias, con mucho temor ante los cambios y la incertidumbre, gente que se indigna ante la respuesta política y social a dichos cambios; y una masa central desorientada que podría llegar a caer en la tentación de respuestas demasiado arriesgadas.

La emergencia de los populismos de orientación más conservadora en Europa desde los años noventa probablemente tenga que ver, en buena medida, con cómo empresarios políticos han sido capaces de canalizar el desasosiego de ciertos segmentos sociales ante lo que perciben como un mundo cambiante en el que la sociedad cada vez es menos homogénea culturalmente (inmigración islámica), y las seguridades económicas del pasado no parecen verse reemplazadas por nuevas seguridades económicas. Desasosiego al que, en la percepción de esos segmentos, la clase política tradicional habría dado una respuesta insuficiente. Y cabe imaginar un argumento similar para los populismos de izquierda, en este caso, mucho más vinculados a la crisis económica en países del sur de Europa, en Grecia y España en particular (Pérez-Díaz y Rodríguez, 2016).

En el caso español, el éxito electoral de Podemos en España, pero también el de Ciudadanos, es, en buena medida, el trasunto de lo que en el coloquio se denominó una "crisis generacional". Es más que probable que la última crisis económica española haya tenido efectos más negativos entre los más jóvenes, que han visto desplomarse sus expectativas de encontrar trabajo o de mantenerlo a lo largo de bastantes años. Y la recuperación, por ahora, está sirviendo para confirmarles en el patrón tradicional (desde los años ochenta) de integración de esos jóvenes en la vida económica adulta, combinando múltiples contratos temporales de corta duración con periodos pasados en el paro, es decir, en precario durante bastantes años, en la expectativa de estabilizar su situación laboral, con suerte, en la treintena. La experiencia de una crisis muy profunda y duradera ha podido contribuir a que no se aclaren las perspectivas de futuro que albergan esos jóvenes, a pesar de la recuperación, pues sienten que emergen de la crisis aún con menos seguridades que en el pasado y manteniéndose

como el principal elemento de flexibilidad de un mercado de trabajo dual que, en lo fundamental, no parece haberse reformado en el último lustro<sup>5</sup>.

Con todo, la presentación en el coloquio varios de los factores anteriores tendió a hacerse en términos comparativos, con el pasado y con el potencial de desequilibrio que se le asignó, por ejemplo, a una crisis como la reciente. Así, aceptándose el argumento del crecimiento de la desigualdad como posible razón de desconfianza en la clase política, se recordó que la situación actual poco tenía que ver con la de principios del siglo XX, resaltándose que el crecimiento económico desde entonces y el desarrollo de sistemas públicos de bienestar había proporcionado a las sociedades europeas dosis mucho más altas de tranquilidad social. Por otra parte, como ya hemos apuntado más arriba, el terremoto de la crisis ha podido hacer tambalear edificios como el de la Unión Económica y Monetaria, o los de varios países miembros, pero, como los edificios japoneses, no han caído, sino que han aguantado, a pesar de todo, bastante bien. Ello no es óbice, claro, para que, mientras, muchos no hayan sufrido una crisis muy dura y para que los edificios que han aguantado no sigan requiriendo de reparaciones.

### **Desafección y características de la vida política**

En segundo lugar, para explicar la desafección política en el coloquio se atendió a las características de la vida política que pueden contribuir al desapego ciudadano, probablemente teniendo en mente el caso español como paradigmático.

Primero, cabe citar la extensión de comportamientos deshonestos o poco claros, como los que recogería la etiqueta de "corrupción política". Ello incluiría no solo el enriquecimiento personal gracias a comisiones obtenidas en la adjudicación de contratos públicos y comportamientos similares, sino, obviamente, la financiación irregular de los partidos políticos por ese tipo de vías, con el correlato de una competición electoral adulterada. Y, desde luego, habría que contemplar también las dosis altas de politización de la justicia, o del gobierno de la justicia, así como de politización de los escalones altos de la administración, que también puede verse como un proceso de desprofesionalización.

Segundo, ciertas prácticas usuales en la vida de las democracias pueden estar exacerbadas, y tener consecuencias de desafección en la ciudadanía. Por ejemplo, el enfrentamiento entre los partidos tiene afinidades con la dialéctica amigo-enemigo, pero no necesariamente tiene por qué dar lugar a comportamientos cainitas o a considerar al adversario político como enemigo y tratarlo como tal. Sin embargo, sí puede dar lugar a esos comportamientos, que se encuentran entre los más denostados por la ciudadanía en países como España (Pérez-Díaz, 2017). En una línea similar, los comportamientos de los políticos pueden empujar a una "infantilización" de la ciudadanía, por ejemplo acostumbrándola a operar con heurísticas muy simples, como la del amigo/enemigo, o la de que hay unos culpables de la crisis fácilmente identificables y susceptibles de convertirse en chivos expiatorios.

En esa misma línea, en el coloquio se apuntó que el público puede estar castigando o recompensando unas u otras reacciones de los gobiernos a la crisis política. Las estaría recompensando en el norte de Europa, y las estaría castigando en el sur, aunque al respecto también habría que recordar que la crisis reciente ha sido mucho más grave en los segundos que en los primeros—lo cual, a su vez, a los ojos de la ciudadanía también ha podido deberse a decisiones de la clase política en el pasado.

Tercero, el desapego de la ciudadanía puede ser resultado directo de estrategias de los partidos políticos. A tal efecto se argumentó que en Cataluña en las últimas décadas la clase política nacionalista habría hecho entender a los catalanes con menos raigambre en Cataluña que la vida política catalana no era, en el fondo, asunto suyo, a lo que habría correspondido el principal representante político de esos catalanes, el PSC, aceptando que solo se movilizasen con intensidad en las elecciones generales, y no en las autonómicas.

Cuarto, el distanciamiento de la clase política de los intereses, preocupaciones o entendimientos comunes de la ciudadanía podría deberse, en un país como España, a que no cuentan con bases sociales extendidas por todo el territorio y/o a que el papel subordinado de esas bases hace que sus entendimientos y sus predisposiciones no alcancen a las cúpulas de los partidos. En relación indirecta con ese argumento, algún participante aludió a la existencia de un problema estructural

5 Sobre el predicamento de los jóvenes en España y esa "crisis generacional", véase, entre otros, Pérez-Díaz y Rodríguez (2015) y Politikon (2017).

de selección de elites, también políticas, en España. Y en una línea afín, otro recordó el uso de retóricas totalmente alejadas de los modos de expresión de los ciudadanos del común.

Quinto, también se aludió a la insuficiente capacidad de las clases políticas para generar o alentar proyectos comunes a toda la ciudadanía, que trasciendan los intereses y las identidades particulares de los grupos.

Sexto, se recordó la probable diferencia entre el tempo vital de las clases políticas contemporáneas y el de las gentes del común. En las primeras sería mucho más rápido y estaría mucho más orientado al futuro. Por ejemplo, para una buena parte de esas clases políticas lo fundamental son organizaciones supranacionales como la Unión Europea, pero para la mayoría de la población el Estado nación sigue siendo algo parecido al orden natural de las cosas.

Por último, también se mencionaron diseños institucionales que han podido desalentar la implicación de la ciudadanía en la vida pública, incluyendo el funcionamiento del sistema educativo y su reducida contribución a la educación cívica de los votantes en países como España.

### Desafección y características del electorado

En tercer lugar, se prestó atención a cambios económicos y sociales que, por sí mismos, y no solo en términos de que puedan ser afrontados con ciertas garantías por los Estados, transforman a la ciudadanía, haciéndola más proclive a retirar sus afectos a las clases políticas tradicionales. En el coloquio destacaron tres argumentos.

Primero, es probable que haya crecido la proporción de votantes dispuestos a cambiar su voto, por así decirlo, a las primeras de cambio, es decir, la proporción de votantes volátiles o, en términos usados en el coloquio, promiscuos. La fidelidad en el voto es cosa del pasado para muchos votantes, que habrían dejado de lado lo que los politólogos de hace unas décadas llamaban el "voto de pertenencia".

Segundo, la creciente diversidad socioeconómica y cultural de las sociedades occidentales contemporáneas dificulta la tarea tradicional de los grandes partidos de masas (los catch-all parties, también en terminología politológica del pasado) de ofrecer programas

atractivos para grupos amplios de votantes. No se trata solo de que la cuestión de la identidad sea hoy más prominente que en el pasado, sino que los distintos segmentos de la sociedad se ven cada vez más como portadores de intereses distintos (incluso, como se dijo en el debate, "microintereses") y, en alguna medida, contrarios a los de otros segmentos.

Por último, el gran desarrollo de los medios de comunicación de masas tradicionales (prensa, radio, televisión) y, en especial, de Internet y las concomitantes redes sociales, con un ritmo acelerado de novedades, han acostumbrado a muchos ciudadanos a vivir deprisa, o a creer que se puede vivir deprisa. Esto puede ser relevante en términos políticos, pues la inmediatez (aparente, al menos) en la percepción de los problemas, presentes cotidiana y repetitivamente en aquellos medios de comunicación, puede llevar aparejada la inmediatez en la expectativa de las soluciones políticas a aquellos problemas.

Es decir, cabe la posibilidad de que, simplificando, el votante actual sea menos fiel, más miope (más preocupado por los intereses de quienes son como él o ella), y menos paciente. Todo lo cual dificulta la tarea de representación e intermediación de los partidos políticos y, por tanto, aumenta la frustración potencial de los votantes.

Atravesando esos tres ejes, los participantes en el coloquio recordaron las correspondientes, y fundamentales, intermediaciones culturales.

## 4. Remedios

En el coloquio también hubo oportunidad de considerar, siquiera de manera somera, algunos remedios al problema de la desafección. Algunos de ellos estaban implícitos en la discusión sobre las causas. Al respecto, cabe recordar los argumentos principales siguientes.

En primer lugar, como algo implícito en la discusión de las causas, habría que apuntar algo fundamental, esto es, que sería esperable que la desafección se redujera si los Estados europeos mejorasen su capacidad estratégica, es decir, fueran más capaces, por sí mismos o actuando en conjunto en marcos como el de la Unión Europea, de resolver o paliar los problemas sociales, los tradicionales y los nuevos. Quede aquí esta problemática mencionada, aunque, obviamente, no es el lugar para tratarla con mayor profundidad.

En segundo lugar, serían necesarias, por una parte, reformas institucionales, como las orientadas a combatir la corrupción, a renovar el funcionamiento de los partidos políticos, o a profesionalizar la función pública hasta niveles elevados, o las que reduzcan al máximo los niveles del llamado "capitalismo clientelar". Pero, por otra, esas reformas requerirán de las dosis correspondientes de "aprendizaje social". Es decir, se trataría de que la ciudadanía conociera mejor el funcionamiento de la vida política e hiciera suyos algunos principios básicos de la vida democrática, como el de que no se reduce meramente a votar cada cuatro años, sino, por ejemplo, que implica considerables límites al poder, tanto judiciales como insertos en instituciones efectivas de rendición de cuentas. A este respecto, uno de los participantes en el coloquio se mostró relativamente optimista, al creer que la experiencia de los últimos años había debido de mejorar el aprendizaje social de los españoles en estas materias. Y otro, en la misma línea, señaló que seguramente somos más conscientes de que vivimos en una democracia amplia, la europea, que supera los límites nacionales, con un ordenamiento jurídico que, en gran parte, es el mismo en todos los países de la Unión.

En todo caso, se trataría, en última instancia, de que, también en el electorado, se produjeran cambios en la conciencia cívica de los ciudadanos, pero vista en su sentido práctico, es decir, en los usos políticos y civiles de la ciudadanía, o, en otras palabras, en su cultura vivida.

En tercer lugar, y en relación con la discusión sobre las reformas institucionales posibles, se alertó acerca de los riesgos de soluciones tecnocráticas, a escala nacional o supranacional, pero también de las soluciones populistas.

Las soluciones tecnocráticas tienden a decidirse e implementarse de arriba abajo, sin contar apenas con la participación de la ciudadanía a la que van dirigidas, que puede no comprenderlas o rechazarlas, simplemente, por no haber sido tenida en cuenta. El resurgir del populismo tendría un elemento positivo, como mecanismo de aviso de funcionamiento defectuoso del sistema, en la medida en que sea cierta la crítica populista a las clases políticas tradicionales y los expertos que colaboran con ellas por haber dejado de lado a ciertos sectores de la ciudadanía. En este sentido, tampoco es desdeñable la crítica a ciertos elementos contramayoritarios del sistema (por ejemplo, los bancos centrales), pues también estos, obviamente, son susceptibles de mejora.

En el debate, de todos modos, predominó la idea de que tampoco podemos otorgarle el mismo peso a las soluciones populistas que a las tecnocráticas. Estas pueden pecar de desconexión con la situación real de la gente y olvidar que la aplicación de las medidas no es tan clara como lo que puede diseñarse sobre el papel. Pero el record histórico de la participación de los expertos en la toma de decisiones es probablemente mejor que el record de los partidos populistas, que apostarían por soluciones simples y directas con una consideración todavía menor de la complejidad de los problemas y de la complejidad de las sociedades en que se aplican esas simples soluciones, según la cual esas soluciones pueden llegar a provocar problemas todavía más graves.

En realidad, y en cuarto lugar, si permeó en el coloquio una idea en la discusión sobre las causas y las soluciones de la desafección política, fue la de la necesidad de partir de la complejidad de las unas y las otras. Lo cual, como se planteó, probablemente requiere de enfoques moderados, prudentes y experimentales (o experimentadores) en las políticas públicas. Probablemente por ese convencimiento se apuntó la posibilidad de inspirarse en la experiencia reciente, o no tanto, de países que han lidiado mejor con la problemática en cuestión, no solo en términos de desafección política, sino de mantenimiento de la confianza ciudadana en la política (véase más arriba) gracias a la eficacia de esta y a clases políticas menos distantes. En este sentido se mencionó la experiencia de países nórdicos como Dinamarca o Suecia, recordándose, de todos modos, que también en ellos se da un componente tecnocrático notable, pero en el marco de una conversación continua y de niveles altos de confianza mutua entre los actores implicados.

La "apelación a la complejidad" no fue óbice para que en el coloquio no se plantease una cautela, la de no obnubilarnos ante complejidades falsas o aparentes, que pueden ofuscar el entendimiento de los problemas y, sobre todo, la búsqueda de soluciones.

En quinto lugar, dada la magnitud de los retos que pueden estar detrás de los fenómenos de desafección política, algunos participantes plantearon la necesidad de llegar a nuevos acuerdos fundamentales; por ejemplo, intergeneracionales o, en el caso español, "interterritoriales". En esta misma línea, y atendiendo a la necesidad no solo de cambios institucionales, sino también culturales, se propuso dotar de sentido a esos acuerdos, o a otro tipo de medidas, mediante

“narrativas integradoras”, como la que subyacería, quizá demasiado en el trasfondo, a la Constitución de 1978.

Por último, aunque las soluciones se plantearon, sobre todo, en el marco español, la perspectiva europea estuvo muy presente en el coloquio, como muestra de otras soluciones nacionales posibles, de errores evitables, de variantes de acomodo entre soluciones nacionales y europeas, y, por último, como marco de pertenencia y referencia, frágil como las democracias nacionales, todavía carente de narrativas integradoras y de niveles suficientes de identidad europea, sometido recientemente a enormes presiones de todo tipo, pero, por ahora, con capacidad de aguante.

### Referencias y fuentes de datos

Alexander, Amy C. y Christian Welzel. 2017. “The myth of deconsolidation: rising liberalism and the populist reaction”, *Journal of Democracy*, web exchange. <https://www.journalofdemocracy.org/online-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D>.

CIS (Centro de Investigaciones Sociológicas). *Banco de datos*. En: [www.analisis.cis.es](http://www.analisis.cis.es).

European Commission. *Eurobarometer interactive*. En: <http://ec.europa.eu/commfrontoffice/publicopinion/index.cfm/Chart/index>.

European Social Survey. 2016. *European Social Survey Cumulative File, ESS 1-7 (2016). Data file edition 1.0*. Norwegian Centre for Research Data, Norway - Data Archive and distributor of ESS data for ESS ERIC.

European Social Survey. 2016. *European Social Survey Round 8 Data (2016). Data file edition 1.0*. Norwegian Centre for Research Data, Norway – Data Archive and distributor of ESS data for ESS ERIC.

EVS. 2015. *European Values Study Longitudinal Data File 1981-2008 (EVS 1981-2008)*. GESIS Data Archive, Colonia. Fichero de datos ZA4804, versión 3.0.0, doi:10.4232/1.12253.

Foa, Roberto Stefan y Yascha Mounk. 2016. “The democratic disconnect”, *Journal of Democracy*, 27, 3: 5-17.

Foa, Roberto Stefan y Yascha Mounk. 2017. “The end of the consolidation paradigm. A response to our critics”, *Journal of Democracy*, web exchange. <https://www.journalofdemocracy.org/online-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D>.

Grasso, Maria T. 2016. *Generations, political participation a social change in Western Europe*. Londres y Nueva York: Routledge.

ISSP Research Group. 2016. *International Social Survey Programme: Citizenship II - ISSP 2014*. GESIS Data Archive, Colonia. Fichero de datos ZA6670, versión 2.0.0, doi:10.4232/1.12590.

ISSP Research Group. 2006. *International Social Survey Programme: Role of Government IV - ISSP 2006*. GESIS Data Archive, Colonia. Fichero

de datos ZA4700, versión 1.0.0.

ISSP Research Group. 2004. *International Social Survey Programme: Citizenship I - ISSP 2004*. GESIS Data Archive, Colonia. Fichero de datos ZA3950, versión 1.3.0, doi:10.4232/1.11372.

ISSP Research Group. 1996. *International Social Survey Programme: Role of Government III - ISSP 1996*. GESIS Data Archive, Colonia. Fichero de datos ZA2900.

Merkel, Wolfgang. 2014. "Is there a crisis of democracy?", *Democratic Theory*, 1: 11-25.

Norris, Pippa. 2011. *Democratic deficit: critical citizens revisited*. Cambridge: Cambridge University Press.

Norris, Pippa. 2017. "Is Western democracy backsliding? Diagnosing the risks", *Journal of Democracy*, web exchange. <https://www.journalofdemocracy.org/online-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D>.

Pérez-Díaz, Víctor. 2008. *El malestar de la democracia*. Barcelona: Crítica.

Pérez-Díaz, Víctor. 2017. *La voz de la sociedad ante la crisis*. Madrid: Funcas.

Pérez-Díaz, Víctor y Juan Carlos Rodríguez. 2015. *Espacio público: el problema del empleo juvenil*. Fundación Rafael del Pino.

Pérez-Díaz, Víctor y Juan Carlos Rodríguez. 2016. "Podemos, un experimento de populismo de izquierdas", en Víctor Pérez-Díaz, Juan Carlos Rodríguez y Elisa Chuliá, *Un triángulo europeo: elites políticas, bancos centrales y populismos*. Madrid: Funcas, pp. 137-237.

Politikon. 2017. *El muro invisible. Las dificultades de ser joven en España*. Madrid: Debate.

Torcal, Mariano y José Ramón Montero. 2006. "Political disaffection in comparative perspective", en Mariano Torcal y José Ramón Montero, eds., *Political disaffection in contemporary democracies*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 3-19.

Voeten, Erik. 2017. "Are people really turning away from democracy?", *Journal of Democracy*, web exchange. <https://www.journalofdemocracy.org/online-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D>.

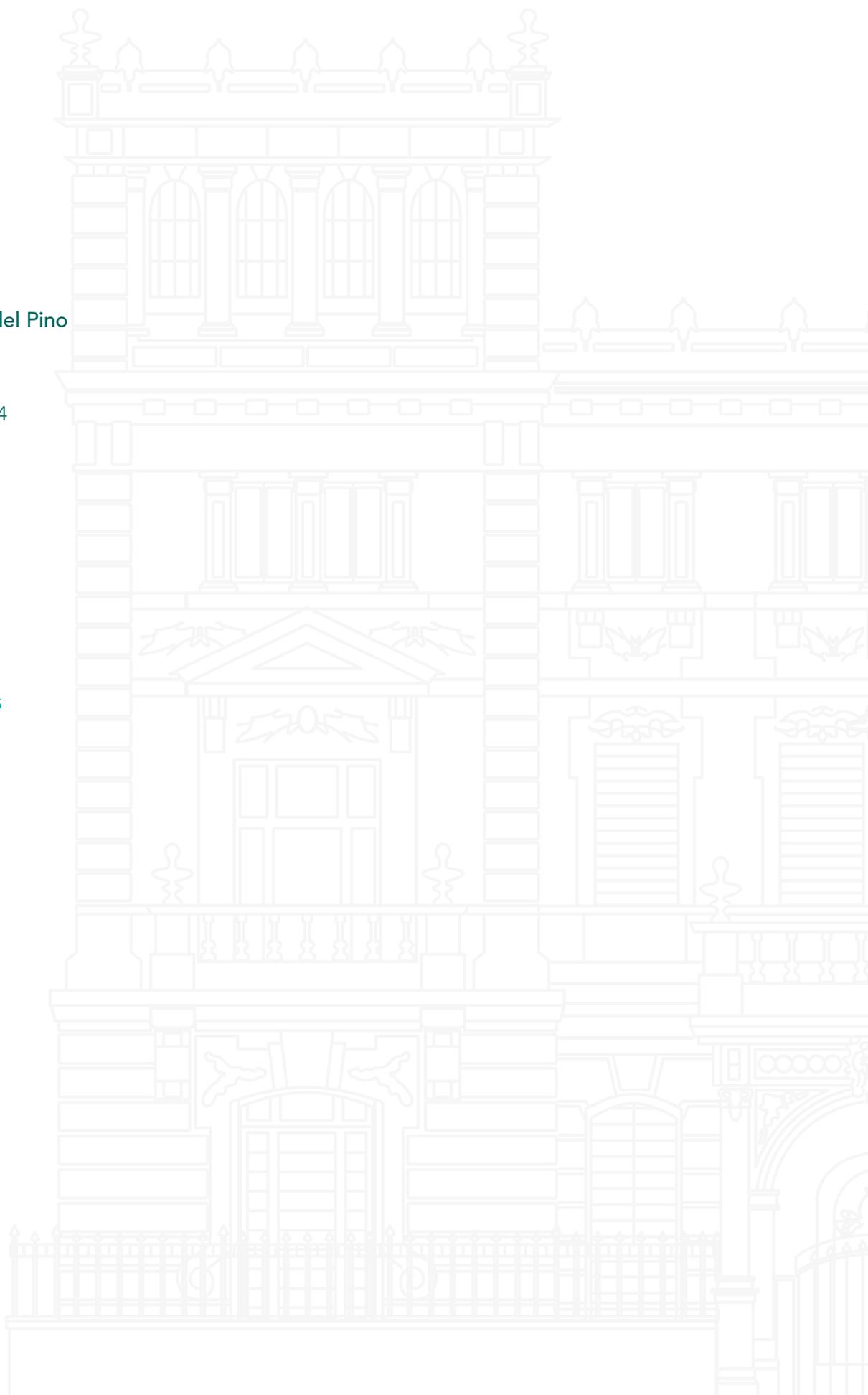
[org/online-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D](https://www.journalofdemocracy.org/online-exchange-%E2%80%9Cdemocratic-deconsolidation%E2%80%9D).

## Fundación Rafael del Pino

C/ Rafael Calvo, 39  
28010 Madrid  
Tel. +34 91 396 86 34



info@frdelpino.es  
@frdelpino  
www.frdelpino.es



La Fundación Rafael del Pino no se hace responsable de los comentarios, opiniones o manifestaciones realizados por las personas que participan en sus actividades y que son expresadas como resultado de su derecho inalienable a la libertad de expresión y bajo su entera responsabilidad. Los contenidos incluidos en el presente documento resumen los debates mantenidos en el encuentro realizado al efecto en la Fundación y son responsabilidad de sus autores.